

ZBIGNIEW BRZEZINSKI

EL GRAN TABLERO DE AJEDRÉZ

**EL MUNDO VISTO DESDE EL PRISMA GEOPOLITICO
NORTEAMERICANO**

Por JOSÉ M^a. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

BRZEZINSKI, Zbigniew. The Grand Chessboard (1997), BasicBooks, Washington D.C., 6 capítulos, 273 pag.s. (Hasta el momento no está traducido al español).

Zbigniew Brzezinski nació en Varsovia el 28 de marzo de 1928. A pesar de estar plenamente identificado con su nacionalidad de adopción y con el sistema de valores norteamericanos, su origen polaco aporta a su personalidad intelectual un profundo conocimiento de la realidad histórica y psicológica europea, así como una interpretación cristiana (romana) del mundo occidental.

Después de emigrar a los EEUU, estudió en las universidades de McGill y Harvard, obteniendo en esta última el grado de Doctor en ciencias políticas en 1953. Se inició en el ámbito de la enseñanza como profesor asistente en el Centro de Investigación Rusa y Política Internacional de la Universidad de Harvard desde 1953 a 1956. Ha sido profesor en la Universidad de Columbia (1960-62) y (1981-89). Desde 1989 es profesor de política exterior norteamericana en el Colegio de Estudios Internacionales Avanzados Paul Nitze de la Universidad John Hopkins.

El doctor Brzezinski ha desarrollado además una importante carrera política. Fue director de la Comisión Trilateral (1973-76) y consejero de seguridad nacional del presidente Carter (1977-81). Es consejero del «Center for Strategic and International Studies» y miembro de la dirección del «National Endowment for Democracy». En 1981 recibió la Medalla Presidencial de la Libertad por su participación en la normalización de las relaciones chino-norteamericanas y su contribución a la política de los EEUU en materia de derechos humanos y seguridad nacional.

Autor de numerosos libros y artículos, en sus obras comunica de un modo muy directo, claro y ordenado el mensaje que quiere transmitir. Durante la Guerra Fría destacó como uno de los soviétólogos más notables con obras como «Political Power: USA-USSR» (1964), «Africa and the Communist World» (1963), «Soviet Bloc Unity and Conflict» (1967) «Ideology & Power in Soviet Politics» (1976). En otras obras fue ensanchando el horizonte de sus estudios estratégicos: «The fragile Blossom; Crises and Change in Japan» (1972), «Between Two Ages» (1976).

Tras su experiencia como asesor presidencial, en «Power and Principle» (1983) recogió las memorias de los acontecimientos de los que él había sido testigo y expuso interesantes reflexiones sobre el papel de los EEUU en el mundo. En su obra «Game Plan» (1986) trató con gran acierto los interrogantes que se planteaban tras la elección de Gorbachov como nuevo líder soviético. Su libro «The Birth and Death of Communism in the 20th Century» (1990) llegó a ser todo un *bestseller*. «The Grand Failure» (1989) y «Out of Control» (1993) son libros en los que el autor estudió momentos clave en la crisis rusa y se interesó por el nuevo orden mundial.

Su obra «THE GRAND CHESSBOARD» tiene dos finalidades claras: en primer lugar, definir las líneas maestras de la política exterior norteamericana que permitan a los EEUU seguir actuando como único gran árbitro global de las relaciones internacionales. Y en segundo lugar, convencer a la gran nación americana de lo esencial que es para la paz en el mundo que los EEUU mantengan su posición de única gran potencia mundial dominante.

El título del libro «El gran tablero de ajedrez» ya da a entender de un modo inequívoco que se trata de un enfoque geopolítico. A pesar de estar escrita desde un punto de vista específicamente norteamericano, se trata de una obra imprescindible para todo aquel que se interese por el juego de tendencias, tensiones, relaciones y equilibrios que están perfilando el modelo de relaciones internacionales de las próximas décadas. La sencillez del lenguaje y el gran orden en la estructura hace que la obra sea asequible a un amplio espectro de lectores.

En el primer capítulo Brzezinski analiza los principales imperios hegemónicos que ha conocido la historia y llega a la conclusión de que ninguno antes había disfrutado de una dimensión tan planetaria y de una pretensión tan universal de sus dogmas como los EEUU en la actualidad.

«La supremacía mundial de los EEUU es única tanto por su dimensión como por su naturaleza. Se trata de una hegemonía de un tipo nuevo que refleja, en muchos aspectos, el sistema democrático americano: es pluralista, permeable y flexible».

La influencia de Roma descansó sobre la superioridad de su organización militar y sobre la aureola de su cultura. La dominación china se apoyó en una burocracia eficiente capaz de administrar un imperio fundado sobre una identidad étnica común y reforzado por una marcada conciencia de su superioridad cultural. El poder del Imperio mongol combinaba unas tácticas militares inéditas con una tendencia a la asimilación de lo mejor de los pueblos conquistados. Las potencias europeas plantaron sus banderas allí donde consiguieron abrir rutas comerciales y utilizaron la superioridad de su organización militar y de sus recursos culturales para asentar su poder.

El más extenso de estos imperios fue el mongol que llegó a abarcar casi la totalidad de Eurasia. Los imperios europeos, consiguieron dominar grandes extensiones de ultramar, pero no llegaron a tener un control global del propio territorio europeo. Con el desmoronamiento de la URSS, se ha producido una situación sin precedentes: por primera vez una potencia exterior al continente europeo se ha constituido en árbitro de las relaciones entre los estados de Eurasia y además en potencia global dominante. Los EEUU se han convertido en la primera potencia a la que se le puede denominar con toda propiedad como *potencia mundial*.

«El poder global al que han llegado los EEUU es por tanto único, por su envergadura y su ubicuidad. América controla no solamente la totalidad de los océanos y mares sino que además dispone de fuerzas anfibas que le permiten intervenir en todas partes. Sus «legiones» ocupan posiciones seguras en los extremos este y oeste del continente euroasiático, y controlan también el Golfo pérsico. Sus vasallos y tributarios están repartidos por todos los continentes».

El dinamismo de la economía norteamericana, su nivel tecnológico y su capacidad militar explican su primacía global. También hay que considerar la importancia de la dominación norteamericana sobre las comunicaciones globales, la cultura y los espectáculos de masas. A medida que el modelo democrático de inspiración norteamericana y su sistema liberal de mercado ganan terreno en el mundo, se crea un contexto propicio al ejercicio indirecto y aparentemente consensuado de la hegemonía norteamericana.

Para Brzezinski es evidente que ninguna potencia puede rivalizar hoy en día con los EEUU en los cuatro dominios clave -militar, económico, tecnológico y cultural- que hacen que una potencia sea global. Desde la perspectiva actual parece razonable pensar que tienen que pasar como mínimo dos décadas antes de que pueda surgir otra potencia que rivalice con los EEUU.

En el segundo capítulo el autor presenta una actualización de los principios básicos de una geopolítica mundial. Hoy ya no se trata de identificar la zona geográfica de Eurasia que puede servir de base para dominar el continente, ni de comparar las ventajas relativas del poderío terrestre y naval.

«Pasando de la escala regional a una aproximación planetaria, la geopolítica postula que la preeminencia sobre el continente euroasiático sirve de punto de anclaje de la dominación global. Los EEUU, potencia exterior a Eurasia, disfrutan de la primacía internacional gracias a su presencia directa sobre tres zonas periféricas del continente, posiciones que extienden su radio de acción hasta los Estados del hinterland continental».

Para Brzezinski en el nuevo mapa político de Eurasia se pueden identificar cinco actores geoestratégicos: Francia, Alemania, Rusia, China y la India, y cinco pivotes geopolíticos: Ucrania, Azerbaiyán, Corea, Turquía e Irán.

En los capítulos tres al seis, el autor describe en detalle el tablero de ajedrez y propone el modo como los EEUU deben posicionar sus fichas. Washington deben desplegar de un modo selectivo sus recursos sobre el gigantesco tablero euroasiático, y, puesto que la potencia sin precedentes de que disfruta está llamada a declinar con el paso del tiempo, la prioridad geoestratégica debe ponerse en evitar la emergencia de nuevas potencias con aspiraciones mundiales. Para ello, a corto plazo, es de interés para los EEUU consolidar el pluralismo geopolítico que domina el mapa euroasiático y evitar con maniobras políticas la formación de una coalición hostil.

A medio plazo, los EEUU deben propiciar un sistema de seguridad transeuroasiático en estrecha relación con las potencias emergentes. Como objetivo específico Washington debería favorecer una Europa más unida y políticamente mejor definida con la que poder asociarse en paridad; debería también colaborar con una China predominante a nivel regional y con una Rusia vuelta hacia Europa así como con una India democrática que juegue un papel estabilizador del área meridional. En caso favorable, a largo

plazo, la situación puede evolucionar hacia la creación de un núcleo mundial de responsabilidad verdaderamente compartida en materia política.

«Las ampliaciones de Europa y de la OTAN servirán tanto a los objetivos a corto como a más largo plazo de la política americana. Una Europa más vasta permitiría reducir el alcance de la influencia americana sin crear al mismo tiempo una Europa tan integrada políticamente que pudiera competir con los EEUU en las regiones importantes para ellos, como Oriente Medio».

Para el autor es evidente que la consecución de una Europa más unida es una tarea que incumbe esencialmente a los europeos y muy en particular a alemanes y franceses. Los EEUU podrían, no obstante obstaculizar dicho proceso, lo que sería desastroso para los intereses norteamericanos.

«Un tratado transatlántico de libre-comercio, en favor del cual ya se han pronunciado muchas personalidades eminentes, reduciría igualmente el riesgo de ver como se desarrolla una rivalidad económica entre los EEUU y una Unión Europea más unida».

Para la asimilación progresiva de Rusia en un sistema de cooperación mundial, es también esencial que Europa esté bien definida en el plano político. El futuro papel de Rusia es, sin lugar a duda, uno de los elementos esenciales para definir un modelo estable y seguro de ordenamiento mundial. Sin embargo, si hubiera que elegir entre la ampliación de un sistema euroatlántico y la mejora de las relaciones con Rusia, EEUU debería favorecer la primera opción.

Lo que sí puede ayudar considerablemente a disipar las legítimas preocupaciones rusas, es que toda ampliación de la OTAN hacia Europa central se haga teniendo en cuenta la necesidad de la reciprocidad en los parámetros de la seguridad regional. Esto supone aceptar restricciones en cuanto al despliegue de tropas de la OTAN y de armas nucleares en los territorios de los nuevos Estados miembros. Por otra parte, Rusia se sentiría más inclinada a elegir la opción europeísta si los EEUU refuerzan el pluralismo geopolítico en el «agujero negro» que se ha formado en el espacio de las repúblicas disgregadas de la Unión Soviética.

El apoyo económico y político a los nuevos Estados forma parte de una estrategia más amplia que afecta a toda Eurasia. La consolidación de una Ucrania soberana estrechamente ligada a Europa central es el elemento crucial de esta política.

Todo el bajo vientre ruso hace hoy frontera con una área de poder vacante y particularmente rico en recursos energéticos que el autor denomina el «Balcán euroasiático» y que se caracteriza por una multiplicidad confusa de conflictos étnicos y religiosos y por rivalidades regionales de gran envergadura. De forma oblonga esta área se extiende por todas las repúblicas exsoviéticas de Asia central y el Cáucaso meridional además de Afganistán y amplias zonas fronterizas de Turquía, Irán, China y la misma Rusia.

El Balcán euroasiático es el corazón de una zona aún más amplia y toda ella extremadamente inestable que además engloba la región del golfo Pérsico, Oriente Medio y parte del sud-este de Europa y de Asia meridional. La inestabilidad de estos últimos territorios queda, no obstante, atemperada por la hegemonía de una potencia única, los EEUU, que hace el papel de árbitro en la zona.

La política de construcción de oleoductos y gasoductos que diversifique las vías de acceso a los recursos de la zona denominada por el autor Balcán euroasiático, es por tanto clave para evitar intentos hegemónicos sobre un espacio donde el poder vacante genera a su vez efecto de absorción por parte de las potencias exteriores: Rusia, Turquía, Irán y China.

«Si los EEUU desean un Cáucaso meridional y una Asia central estables e independientes, éstos deben procurar no alienar a Turquía y deben considerar la posibilidad de mejorar sus relaciones con Irán. Si Turquía se siente excluida de Europa, en la cual intenta integrarse, será favorable a un aumento del islamismo».

Para Brzezinski, si Europa cierra sus puertas a Turquía, pone en peligro todos los difíciles equilibrios que asientan sobre Turquía uno de sus pilares. Oriente Medio, el Cáucaso, Asia Central y la relación de los países occidentales con el mundo árabe necesitan una Turquía estable y capaz de hacer su función de catalizador de culturas e intereses distintos.

La reconciliación de los EEUU e Irán es posible sobre la base del interés común por la estabilización del entorno iraní, el paso de los oleoductos y gasoductos por su territorio y el valor de Irán como contrapeso tanto hacia Irak como Rusia. Los dirigentes iraníes terminarán comprendiendo que los EEUU verían con buenos ojos un aumento del poder de Irán, a pesar del sentimiento religioso, a condición de que éste no se tradujera en un sentimiento antioccidental fanático.

La India juega un papel clave para oponerse a la tesis de que los derechos humanos y la democracia son valores occidentales. Una derrota geopolítica de este país daría un tiro de gracia a las perspectivas democratizadoras en Asia y eliminaría del tablero euroasiático una potencia que es factor equilibrador primordial, sobre todo una vez que China acceda a una posición dominante.

A largo plazo, el autor afirma sin titubeos que China es la potencia que ha de requerir la máxima atención estratégica por parte de los EEUU. Es la nación que reúne las mejores condiciones para disputar la hegemonía a los EEUU y al mismo tiempo existen intereses comunes que pueden favorecer fuertes vínculos entre ambos Estados.

«Tomada Eurasia en su conjunto, solo una profundización de la entente estratégica entre los EEUU y China podría enraizar el pluralismo. En consecuencia, la política dirigida a incluir esta última en un diálogo estratégico serio -incluso tripartito, si se incluye a Japón- representa la primera etapa necesaria para incitarla a interesarse por una entente con América».

Incumbe a los EEUU borrar toda incertidumbre respecto de su posición favorable a una China única, si no se quiere que el problema taiwanés se agrave. Al mismo tiempo, a China le interesa que esta reintegración sirva como prueba de que una Gran China puede tolerar y garantizar más diversidad en política interior. Un siguiente paso sería aceptar a China como potencia regional y tratarla de modo simbólico como un actor esencial en el gran escenario mundial. De ese modo se atraería a China hacia un modelo de cooperación internacional y se frenarían sus ambiciones más peligrosas.

Japón tiene limitada su capacidad para desarrollar un importante papel regional debido a la profunda aversión que suscita en sus vecinos asiáticos. No obstante en el ámbito internacional puede y debe canalizar la legítima aspiración de la nación de tener un protagonismo acorde con sus capacidades.

«De hecho es crucial que los esfuerzos desplegados por los EEUU para desarrollar sus relaciones estratégicas con China se fundamenten sobre el reconocimiento objetivo de que Japón, país democrático y modelo de éxito económico, constituye el aliado principal y el socio mundial clave de América en el Pacífico».

Después de haber presentado una visión fría y geopolítica del mundo y sus relaciones de poder, el libro concluye en un tono moralista que refleja, no obstante, las convicciones más profundas del autor.

Parece evidente que a largo plazo la política global tienda a ser cada vez menos propicia a la concentración de un poder hegemónico en las manos de un solo Estado. El conocimiento, condición del poder, se hace más difuso, está más distribuido y se resiste a los límites fronterizos. El poder económico vive también un proceso de dispersión. En consecuencia América no es solo la primera superpotencia global sino que será probablemente la última.

El recurso a la guerra no parece que vaya a caer en desuso. Puede ser que se haya convertido en un lujo que solo se pueden permitir los pueblos más pobres, que resultan ser dos tercios de la humanidad. Aunque hoy por hoy ni los conflictos internacionales ni el terrorismo han hecho uso de las armas de destrucción masivas, tampoco podemos saber por cuanto tiempo seguirá siendo así. Frente a un futuro tan abierto e incierto, la cuestión clave es saber ¿qué herencia legarán los EEUU al resto del mundo?

«La política americana debe marcarse objetivos generosos y visionarios. Debe favorecer las relaciones necesarias para una verdadera cooperación mundial de acuerdo con las tendencias a largo plazo y los intereses fundamentales de la humanidad. La aparición de un competidor en Eurasia, capaz de dominar el continente y de desafiar a América pondría en peligro estos objetivos».

Brzezinski considera que la oportunidad de afrontar el futuro desde un orden internacional más justo y estable depende de la duración de la hegemonía americana y de la energía de la nación. Los EEUU se encuentran por tanto frente a una responsabilidad de orden histórico de la que puede depender la paz y la seguridad del mundo.

El autor observa dudas y flaquezas en el seno de la nación. Por una parte, la sociedad norteamericana es cada vez más multicultural, lo que dificulta el consenso en cuestiones de política exterior y exigiría un alto grado de motivación doctrinal y de implicación intelectual y patriótica. Por otra parte el mundo occidental padece las consecuencias culturales del hedonismo y del declinar de los valores fundados en la religión.

La interpretación geopolítica del mundo se convierte además en un instrumento necesario para despertar en la opinión pública norteamericana la conciencia de su propia responsabilidad y la gravedad del reto histórico.